



(Foto de Carlos Mario Lema)

Me asomo por la ventana y el cielo está tan gris como el miedo que se acrecienta en nuestras almas. Pandemia no solo por asuntos de salud. Pandemia por el pánico que supera nuestras miradas, almas y reflejos de adultos racionales. Es difícil no entrar en el juego. El arte y la cultura son los primeros afectados y parecieran ser de las últimas prioridades en la lista cuando de supervivencia se trata. Los artistas y todos aquellos que hacen que el arte viva y sobreviva, morimos de a poco al ver los escenarios sellados, contagiados de miedo y no de pasión. Es como si nos secuestraran la vida. No hay teatros. Nadie quiere ir a cine. Los museos cierran. La danza ni qué decir, es contacto entre personas, algo prohibido por estas épocas. ¿Y los libros, librerías, bibliotecas o editoriales? Tampoco tienen un panorama muy esperanzador. Con el dólar alto no hay quién pueda imprimir, y pensar en comprar un libro cuando no sabes cómo vas a hacer para pagar el arriendo o el colegio de tus hijos, es impensable. No hay fiestas o reuniones familiares. Los colegios quedan acallados sin el ruido de los niños y jóvenes inventando nuevas historias y realidades.

La respuesta inmediata es la tecnología. Hacer videos, videoconferencias, conciertos o clases en línea... Seguro me uniré a todas las iniciativas. La creatividad dará mucho de qué hablar. Sin embargo, no podemos descarrilarnos sin comprender las lecciones que la madre tierra y la misma humanidad nos está dando (una vez más).

Volver al silencio, a la contemplación, a la humildad, a la sensación de comunidad, es el primer y más inminente llamado. Tener calma como privilegio y no como una angustia o un obligado. Dejar de resolver el mundo con un clic para saborear que el clima está

tan preocupado como nosotros mismos. Rodearnos de nuestros seres queridos bajo un techo y tener tiempo de conversar, comer y divertirse en manada. Tener claras las prioridades cuando hablamos de educación. Reemplazar el contacto físico, a veces banal y poco genuino, por miradas profundas de solidaridad y apoyo, acompañados por palabras sentidas y de corazón. La alarma de la vida suena y resuena para mostrarnos que son tiempos de unión, transformación y honestidad; qué bella y sabia que es en medio de la tormenta y el caos.

Ve entonces la luz que se enciende y nos susurra al oído que no es tiempo de llorar, darse golpes de pecho o desesperar. Por el contrario, es hora de observar, de ir despacio y conservar la calma. De escuchar y de aprendernos a nosotros mismos, al otro y al entorno. Es hora de reconstruir, reinventarnos y sujetarnos con fuerza. Dejar de dar la vida por sentado. Es hora de rescatar la voz más íntima y el mundo interior que se nos ha ido por entre las ramas (¿o redes?). Es hora de volver a vivir, a soñar y a crear por un bien común y no solo por el mío. Qué viva la oscuridad y sus aprendizajes fuertes pero sin tapujos, porque es el momento de encender nuestra propia luz.